

OBITUARIO Félix Iñiguez de Onzoño

Un arquitecto valiente, humilde y generoso

✻ JAVIER CENICACELAYA

BILBAO. Se ha ido Félix Iñiguez de Onzoño, uno de los arquitectos más importantes del panorama vasco y español. Inició su andadura tras titularse como arquitecto en la Escuela de Barcelona en 1950. A lo largo de los años, trabajó en varias ocasiones con su hermano José Luis, también arquitecto. Ambos apostaron desde el inicio por responder a las necesidades del momento, con los medios disponibles en cada situación.

Eran medios muy limitados desde todo punto de vista, en particular en la década de los años cincuenta. Una época en la que el aislacionismo de España conllevaba una importante ausencia de materiales de la construcción, de las tecnologías emergentes en otros países de Europa y América, y de adecuada información bibliográfica.

Resonaban entonces en Espa-

ña los ecos de las grandes figuras del panorama arquitectónico a nivel internacional, con obras muy significativas: Le Corbusier, Mies van der Rohe, Alvar Aalto, Louis Kahn y otros. El escenario español, marcado por la austeridad, produjo, sin embargo, excelentes frutos en el campo de la vivienda social, gracias a la actitud comprometida y dedicada de arquitectos como Félix y su hermano José Luis.

Supieron responder con los medios disponibles de un modo absolutamente ejemplar. Ya en la década de los años sesenta, muestran un claro interés por la arquitectura moderna. Quizás más José Luis (que trabajaba fundamentalmente en Madrid) que Félix, que lo hacía en Bilbao.

Desde esos años sesenta, la producción de Félix ha sido muy fecunda y de notable calidad. Desde apuestas netamente modernas, como las viviendas de Es-



Félix Iñiguez de Onzoño, junto a su hermano José Luis. ✻ E. C.

traunza (1959), donde los hermanos, junto a Germán Álvarez de Sotomayor, rompen una gran manzana del ensanche, que es reemplazada por cuatro bloques exentos y que permiten organizar viviendas exteriores.

Un intento sin duda atrevido y valiente, y desde luego de claro posicionamiento a favor de las tesis modernas, al uso, de romper las manzanas tradicionales, de

grandes patios interiores. Otros ejemplos muestran un interés por el contexto, como las viviendas en Zugazarte 25 de 1964.

Y en el transcurrir de los años, se repite esta dualidad de respuestas: unas más atentas a los postulados del racionalismo moderno; y otras, a un intento de contextualizar con el entorno o con el paisaje. Las viviendas en hilera del Club de Campo en Laukariz

(1978), o el propio edificio del Club de Campo, junto a Ignacio Rodrigo Fedriani de 1974, tan pegado a la tierra. Son estos dos casos, entre otros muchos, muestra de la sensibilidad de Félix y de José Luis.

Pero en estos días de ausencia de Félix, no quiero detenerme en analizar su obra, sobradamente conocida y aclamada por los arquitectos vizcaínos. Son otros los aspectos que interesan y que hacen grande su figura.

Su talante cordial y humilde, siempre atento y solícito con quienes acudían a él. Su elegancia y amabilidad en el trato. Su interés por los compañeros de profesión: Félix nunca quiso reconocimientos, él quería que se hablara y se reconociera a los demás arquitectos.

Su sencillez en suma, algo que solo los grandes tienen, y que no es sino expresión de la bondad. Y esta, la bondad, es siempre la mejor coraza del hombre en su transitar por la vida. Es con su obra, pero más aún con su actitud, con lo que Félix nos ha regalado a todos.

Te recordaremos, Félix. Tu estrella brilla ya en el firmamento de la arquitectura y en nuestros corazones.

Javier Cenicacelaya es catedrático de la Escuela de Arquitectura de la UPV